

LA CENA FAMILIAR.

En una pequeña casa a las afueras de un pintoresco pueblo, Federico y Dario se preparaban para compartir una cena familiar. La noche era fresca, y el crepitar del fuego en la chimenea llenaba la sala con un calor reconfortante. La mesa estaba decorada con sencillez, con un mantel blanco y platos de barro, mientras un aroma delicioso emanaba de la cocina. Federico había preparado un plato de cuando eran pequeños, uno que hacía su madre en las ocasiones especiales. Federico era un hombre alto y robusto, con ojos que parecían brillar con una intensidad especial, ordenado y meticulado. Desde hacía tiempo sentía que debía confesar algo que había guardado en secreto durante mucho tiempo. No sabía cómo hacerlo y por eso esta noche era especial. Dario, su hermano menor, era menudo y todo tatuado, siempre se había caracterizado por su sonrisa y por su espontaneidad con los vecinos. Ahora mismo estaba ultimando los detalles de la mesa, cenarían solos... como siempre.

Ambos se sentaron a la mesa. Todo iba como siempre: hablaron de temas triviales, de su trabajo, de amigos en común, hasta que Federico no pudo más con la presión. Era ahora o nunca... y nunca no era una opción, jamás se habían guardado otro secreto antes y esto le estaba matando desde hacía 20 años.

—Dario, hay algo que necesito decirte —dijo Federico, bajando la mirada hacia su plato.

Dario levantó la vista, sorprendido por el tono serio de su hermano.

—Claro, dime, ¿qué pasa?

Federico tomó una profunda bocanada de aire antes de continuar.

—Desde que era niño, he tenido... un don, una habilidad especial. Puedo controlar el fuego.

Dario lo miró fijamente, tratando de procesar lo que acababa de escuchar.

—¿Controlar el fuego? —repitió, incrédulo.

Federico asintió y extendió su mano derecha, estaba más caliente de lo normal y tras unos momentos de concentración de sus dedos creció una pequeña llama. La llama comenzó a moverse, obedeciendo la voluntad de Federico, antes de apagarse de repente.

—Nunca quise contártelo porque tenía miedo de cómo reaccionarías —confesó Federico. — Nuestros padres me dijeron que no lo hiciera... es muy peligroso y nadie lo suele entender.

Dario sonrió suavemente, con una mezcla de alivio y comprensión en su rostro.

—Hermano, yo también tengo algo que confesarte.

Federico lo miró sorprendido ¿Qué podría tener que confesar Dario? Él no era del tipo de persona que guarda bien secretos, de hecho ... es otro de los motivos por los que Federico jamás le dijo nada a Dario. No quería tener a las fuerzas especiales del gobierno en la puerta dispuestas a llevarle al loquero.

—Yo puedo invocar espíritus de la naturaleza. Ellos vienen, me hablan... me ayudan... son como amigos... amigos imaginarios ¿lo recuerdas?

La habitación se llenó de una suave brisa y, de repente, pequeñas luces verdes comenzaron a aparecer alrededor de Dario. Espíritus etéreos de plantas y árboles flotaban a su alrededor, llenando el espacio con una sensación de calma y paz. Dario podía ver sus formas corpóreas, pero para Federico solo eran luces. Ahora tenía sentido todas aquellas veces que había pillado a su hermano hablando solo. No eran “ensayos” era magia.

Antes de que pudieran continuar, Federico sintió un calor intenso en su interior. La presión de la confesión y la emoción de descubrir el secreto de su hermano hicieron que sus poderes comenzaran a descontrolarse. Uno de los motivos por los que el hermano mayor siempre guardaba todo bajo orden era este. Todo lo espontáneo le llevaba siempre a un momento como este... un volcán a punto de explotar. La confesión inesperada de su hermano le había sacado de onda y ahora... el volcán había explotado. Las llamas comenzaron a emerger de sus manos, y el fuego en la chimenea

se avivó peligrosamente. Dario se asustó de inmediato pues pronto empezó a sudar y... las llamas comenzaron a extenderse sin lógica alguna por la sala.

— ¡No puedo controlarlo! —gritó Federico, tratando de mantener el fuego a raya.

Dario se levantó rápidamente, extendiendo sus brazos. Su hermano se estaba poniendo rojo, no sudaba como él, pero estaba claro que no era nada bueno. Dario pronto comenzó a toser y las luces de su alrededor desaparecieron. Entre la tos logró balbucear.

—Tranquilo, hermano. Déjame ayudarte.

Al igual que Federico su hermano menor no sabía bien cómo funcionaba su poder. Por eso como pudo intentó concentrarse. Intentó llamar a sus amigos los espíritus del agua y la tierra. Cada vez se sentía más mareado y cuando su hermano mayor le tocó el brazo un grito de dolor se hizo presente en esta estancia en la que solo se escuchaba ahora el crepitar de las llamas. Federico se apartó de su hermano con rapidez. No quería hacerle más daño y pronto el caos se hizo el dueño del lugar. Dario tosía, las llamas hacían arder todo a su paso con ferocidad y el ruido de la madera quemándose se le colaba a Federico por los oídos como un látigo. Dos minutos después el humo comenzaba a dificultar la visión y Dario estaba en el suelo.

—Hermano, dime algo, por favor... hermano no cierres los ojos.

Dario abrió los orbes brevemente al escuchar la voz de su hermano. Eran como unos fanales que ahora lucían de un color azul que hasta ahora jamás habían tenido. Federico lloraba y pedía por favor al fuego que parase, pero este no le obedecía. Así no funcionaba.

De repente, un suave rocío comenzó a caer del techo, apagando las llamas lentamente, mientras que las raíces de las plantas emergieron del suelo rompiendo las baldosas para estabilizar el fuego en la chimenea y proteger el cuerpo de Dario que ahora tenía encima una cascada y una especie de burbuja de aire. Poco a poco, el caos se calmó, y Federico recuperó el control de sí mismo. Ya no había llamas nuevas y las que aún quedaban vivas obedecían a las leyes de la lógica.

—¡Dario! Gritó Federico mientras corría hacia su hermano menor, pero no logró acercarse. Una especie de fuerza se lo impedía como si se enfrentase a una fuerte ventisca. No se rindió y respirando con dificultad luchó por llegar hasta el menor.

—Dejadle... estoy bien.

Pronunció el menor entre tos y tos mientras se intentaba incorporar. Así lo logró con ayuda de su hermano que ahora ya no sentía oposición para correr a su lado.

—¿Te lastimaste, Federico?

—No, estoy bien... casi... te mato.

—Como yo a ti cuando tenías 10 y yo 5 ¿Lo recuerdas?

Federico estaba confuso. Se sentaron de nuevo, esta vez con una conexión más profunda que antes. Él recuerda lo que su hermano estaba diciendo. Aquel día que casi cae por el acantilado... pensó que era un accidente, pero ahora... volvía a tener sentido. Ambos hermanos se quedaron mirando. Habían enfrentado sus miedos y encontrado consuelo en el apoyo mutuo.

—Vaya, parece que se nos ha quemado un poquito la cena... ¿Qué le vas a decir a mis tripas ahora? Podría decirse que... me tienes frito ¿eh?

Bromeó Dario para que su hermano se relajase del todo y comprendiera que estaban juntos en esto, que no estaba enfadado y que debían estar bien. Federico esbozó una leve sonrisa. Sin duda su hermano estaba bien. Ahora les unía algo más y ambos habían soltado la pesada carga que llevaban aguantando toda su vida.

Al final de la noche, mientras apagaban las luces y se preparaban para dormir, ambos sabían que, pase lo que pase, siempre se tendrían el uno al otro. Ambos hermanos, eran un refugio donde podían ser ellos mismos, sin secretos, sin miedos. Una nueva era de confianza había comenzado.